

JOAN NOGUERA TUR^{*}
JAVIER ESPARCIA PÉREZ^{*}

EL CONCEPTO DE DESARROLLO Y SU INFLUENCIA EN LA CONSOLIDACIÓN DE DESEQUILIBRIOS ESPACIALES¹

RESUMEN

El presente artículo constituye un análisis de los factores y procesos que condicionan la aparición y perpetuación de disparidades socioeconómicas espaciales, como uno de los principales problemas que dificultan la consecución de un desarrollo sostenible en cualquier conjunto territorial. Con este fin, se realiza una revisión del concepto de desarrollo tal y como ha sido interpretado por las diferentes corrientes de pensamiento económico. La concepción del desarrollo ha variado a lo largo de la historia, influyendo en buena parte de las políticas y actuaciones territoriales y en sus efectos sobre la evolución de las desigualdades espaciales.

ABSTRACT

The aim of this paper is to assess the impact that the theoretical approaches to the concept of development, as it has been conceived by the main Economic Schools, has had (and still has) in the rise and consolidation of spatial social and economic disparities. The article starts with an analysis of the factors that determine the perpetuation of disparities between territories, as one of the principal problems to achieve a sustainable development. Further on, a review of the concept of development is accomplished, as it has been interpreted by the different paradigms. The concept of development has changed throughout the present century, and an important number of policies have been influenced by the particular approach that dominated in each period. It can, therefore, be asserted that the concept of development has, to some extent, determined the evolution of territorial inequalities.

FACTORES CONDICIONANTES DE LAS DISPARIDADES TERRITORIALES

Las disparidades territoriales actuales se deben no solamente a factores relativos a la localización espacial, a pesar de que en muchos casos ésta constituye un condicionan-

^{*} Unidad de Desarrollo Rural y Evaluación de Políticas Públicas (UDERVAL). Departament de Geografia. Universitat de València.

¹ En este artículo se presentan algunos de los resultados y conclusiones derivados de la Tesis Doctoral *Evaluación de Políticas de desarrollo Rural en el Sistema Ibérico Meridional* llevada a cabo por el autor durante los años 1995 a 1998, y dirigida por el Dr. Javier Esparcia del Departamento de Geografía de la Universidad de Valencia, y el Dr. Gordon Clark, del Department of Geography, University of Lancaster (Reino Unido).

te principal de la evolución del territorio; son también consecuencia de todo un proceso histórico en el cual la disponibilidad de recursos naturales, la naturaleza y localización del poder político, el modelo de desarrollo adoptado en cada momento y la capacidad de adaptación a los continuos cambios, entre otros factores, han determinado el nivel de “éxito” alcanzado.

Diversos autores han intentado sistematizar estos “factores determinantes del desarrollo”. En este sentido, Brown y Burrows (1977) señalan tres elementos esenciales que otorgan ventajas en las posibilidades de desarrollo a aquellos territorios que posean todos o alguno de ellos: en primer lugar, la especialización en actividades que pasen por una buena coyuntura, bien sea por que tienen una demanda creciente o porque la tecnología progresa en ese campo más rápidamente que en otros; en segundo lugar, el disfrute de ventajas comparativas —localización favorable, disponibilidad de recursos adecuados, formación, etc.— en las actividades que fundamentan la economía regional; por último, la especialización en aquellas actividades innovadoras para las que se posean dichas ventajas comparativas. De acuerdo con estos criterios, los espacios rurales se sitúan normalmente en una posición desfavorable. La especialización en actividades de corte tradicional y poco competitivas —agricultura y ganadería, industria o artesanía tradicionales, principalmente—, disminuye el grado de aprovechamiento de las potencialidades que, por localización, recursos naturales y calidad de vida, poseen gran parte de estos espacios.

Melville (1988), por su parte, afirma que son tres los factores fundamentales —dotación de infraestructuras, capacidad de innovación y recursos humanos— en función de los cuales puede definirse el diferencial en el potencial de desarrollo de los territorios. Entiende por infraestructura el equipamiento complementario que necesita una sociedad para funcionar y llevar a cabo sus actividades, y diferencia, a su vez, entre la infraestructura social —que proporciona los servicios sociales de educación, sanidad, vivienda, etc.— y la infraestructura económica —comunicaciones, energía, agua, redes hidráulicas, etc.; en segundo lugar, la innovación, implica el grado de capacidad para introducir cambios tecnológicos en los procesos de producción y en los productos; por último, la disponibilidad de una mano de obra cualificada se supone esencial como requisito fundamental para incrementar la competitividad y la calidad en la producción.

Dado el factor físico de diferenciación y el hecho de que en los territorios se ha combinado una enorme diversidad de estrategias humanas, los resultados en cuanto a niveles de dotación de infraestructuras y equipamientos, formación de la mano de obra, niveles de ingreso, capacidad innovadora de las empresas, condiciones medioambientales, etc., han dado lugar a una tipología muy variada que refleja las distintas situaciones territoriales actuales con problemáticas específicas que es necesario afrontar. Con la intención de simplificar la problemática de las desigualdades regionales, se ha extendido el uso de la dicotomía centro-periferia para la caracterización de las regiones en cuanto a los niveles de desarrollo alcanzados. Stöhr (1983) aporta una definición clara de ambas:

“Las regiones centrales —core— poseen una estructura económica muy diversificada; sus actividades se caracterizan por un uso intensivo de capital y tecnología, un elevado nivel de costes fijos, y elevadas tasas de crecimiento e innovación. Estas áreas de elevada accesibilidad suelen tener indicadores económicos y sociales elevados. Al mismo tiempo, la movilidad social está muy por encima de la media nacional, y contienen muchas de las funciones clave —como investigación y desarrollo, y toma de decisiones. Las áreas periféricas, por el contrario, suelen poseer una base económica sectorialmente reducida, estando especializadas en actividades con un elevado nivel de costes variables —especial-

mente mano de obra —, en sectores tradicionales de lento crecimiento. Normalmente presentan pobres índices de desarrollo económico y social, aunque existen excepciones como las áreas con recursos naturales de elevada demanda mundial, como el turismo. Las áreas periféricas se especializan cada vez más en la demanda de las regiones centrales, lo cual frecuentemente da lugar a su desintegración funcional. Esto se manifiesta en las discontinuidades de los circuitos económicos locales y regionales, en los patrones de interacción sociales y políticos, en el escaso aprovechamiento de los recursos regionales, y en el declive de los equipamientos necesarios para la población local.” (Stöhr, 1983, p.39)

Pese a que la distinción entre espacios centrales y periféricos aporta una diferenciación sustancial entre las regiones más favorecidas y las más atrasadas, existe todo un abanico de situaciones intermedias que no queda recogido en la dicotomía centro-periferia, por tratarse de una simplificación. Se trata de todos aquellos espacios en los que se dan en mayor o menor medida, las características de los espacios centrales y periféricos, siendo la única diferencia entre ellos, el grado.

En un intento de aproximarse más a la realidad, otros autores como Holland (1976) aportan una aproximación más exacta o detallada de la definición de los tipos de regiones, distinguiendo entre cinco tipos básicos: en primer lugar, las *Regiones Sobre-desarrolladas*, en las que el grado de dinamismo económico conlleva la aparición de diseconomías de aglomeración y costes de congestión. La presión sobre las infraestructuras —vivienda, transporte, servicios públicos, etc.— es muy elevada lo que da lugar a un incremento de los costes. En segundo lugar, las *Regiones Neutrales* son las que rodean espacialmente a las anteriores. Disfrutan de elevados niveles de empleo e ingreso pero no sufren de los problemas de congestión y presión excesiva sobre infraestructuras y equipamientos. En tercer lugar, las *Regiones Deprimidas*, cuyos niveles de desarrollo económico son menores que los alcanzados en el contexto nacional o supranacional cercano —áreas industriales en declive, etc.. En cuarto lugar, las *Regiones Subdesarrolladas* corresponden a aquellos espacios en los que el capitalismo industrial moderno no se ha establecido. Por último las *Regiones Intermedias*, contienen una mezcla de aspectos característicos de los otros cuatro tipos de regiones.

De lo expuesto hasta el momento se desprende que las disparidades regionales en un territorio pueden suponer un importante lastre en los esfuerzos de desarrollo, no sólo de las propias regiones desfavorecidas, sino de todo el conjunto. Armstrong y Taylor (1993) puntualizan una serie de efectos negativos de las disparidades económicas duraderas en la evolución de un conjunto territorial. En primer lugar, la insatisfacción y el resentimiento producidos por las diferencias en los niveles de vida; en segundo lugar, la existencia de unos niveles de desempleo elevados en las regiones más desfavorecidas, que implican un elevado porcentaje de población que no produce y además necesita apoyo económico; en tercer lugar, los crecientes costes económicos producidos en las áreas urbanas de rápido crecimiento, debido al exceso de demanda de capital social², al contrario de lo que ocurre en áreas con procesos de despoblación en las que el capital social se encuentra infrautilizado con frecuencia. La respuesta tradicional de las administraciones ha sido incrementar la inversión para proporcionar mayores equipamientos e infraestructuras, en vez de tratar de reducir la demanda de capital social en las zonas más congestionadas.

Estos autores aportan una comparación entre dos enfoques clásicos y opuestos para reducir las disparidades regionales: por un lado, inspirado en la tradición económica neo-

² Capital Social puede definirse como los costes implicados en la construcción y/o mantenimiento de infraestructuras y equipamientos públicos, derivados de la saturación o insuficiencia de los existentes, como consecuencia de un incremento de la demanda.

clásica, el enfoque de libre mercado identifica el problema regional con la existencia de deficiencias en el funcionamiento del mercado, la ausencia de una cultura empresarial y una intervención excesiva del Estado que crea rigideces; por otro lado, el intervencionismo, que identifica el problema regional con debilidades estructurales de la economía y con la ausencia de inversión adecuada debido al flujo de capitales desde las regiones atrasadas a las dinámicas (Cuadro 1).

Cuadro 1. Dos enfoques opuestos para la reducción de las disparidades económicas regionales.

	Libre mercado	Intervencionismo
Ideología política	Economía neoclásica Capitalismo popular Desregulación, privatización Sector público reducido Cultura empresarial	Influencia del Keynesianismo Apoyo a la economía de la oferta para industria y comercio Intervención del Estado
Causas disparidades económicas regionales	Falta de eficacia en regiones problemáticas debido a las rigideces del mercado Falta de cultura empresarial Excesivo intervencionismo del Estado	Debilidades estructurales Bajos niveles de inversión “Fugas” de capital financiero hacia regiones dinámicas Participación inadecuada del gobierno en el desarrollo regional
Enfoque para revitalización de regiones deprimidas	Desregularización de los mercados de trabajo regionales Incentivos fiscales para incrementar la eficacia	Políticas proactivas a escala regional y local. Inversión pública en infraestructura
Política regional	Gasto mínimo Asistencia selectiva	Ayuda regional extensiva Descentralización de competencias de política regional hacia instituciones regionales y locales

Fuente: ARMSTRONG y TAYLOR, 1993

A partir de los dos modelos propuestos puede llegarse a la definición de un modelo ecléctico, que trata de integrar las bondades de ambos enfoques para la reactivación de la economía y la reducción de los desequilibrios territoriales. Las nuevas tendencias en política regional están fundamentadas en un enfoque de estas características, que parte de la premisa básica de que es necesaria la intervención del estado para la reducción de los desequilibrios territoriales. Sin embargo, no se trata de una intervención extensiva, intensiva y prolongada, tal como promulga el modelo intervencionista, sino de un apoyo selectivo, razonado y planificado con el fin de maximizar la eficacia de las actuaciones y los efectos deseados.

El problema de la existencia de disparidades territoriales ha sido abordado históricamente de forma diferente según la corriente económica de pensamiento económico considerada. Los planteamientos y soluciones propuestas varían substancialmente en función de la filosofía del desarrollo dominante en cada momento y han determinado en gran medida las actuaciones políticas y los resultados que se han desprendido de ellas. En el siguiente apartado se realiza una revisión de la evolución del pensamiento económico en relación con el desarrollo y su repercusión en el campo de las desigualdades territoriales.

DEL DESARROLLO ECONÓMICO AL DESARROLLO INTEGRADO Y SOSTENIBLE:
ORIGEN Y EVOLUCIÓN DEL CONCEPTO DE DESARROLLO

"El Desarrollo no depende tanto de saber encontrar las combinaciones óptimas de recursos y factores de producción dados como de conseguir, para propósitos de desarrollo, aquellos recursos y capacidades que se encuentran ocultos, diseminados o mal utilizados"

Albert O. Hirschman (1958): *La Estrategia del Desarrollo Económico*, p.145

El concepto de desarrollo tiene una componente cultural que lo convierte en una idea cambiante, con un elevado grado de subjetividad. Las inquietudes, necesidades y preferencias de la población se ven reflejadas en cambios fundamentales en el concepto. Consecuentemente, la concepción del desarrollo ha cambiado profundamente durante los últimos cien años. Las primeras aportaciones clásicas lo concebían desde un punto de vista estrictamente económico, en relación con la atención prioritaria a las necesidades de los países en vías de desarrollo, mientras que las tendencias más recientes, desde los años 80, hacen hincapié en la necesidad de un desarrollo integrado y sostenible, en relación con la concienciación sobre la degradación ambiental, la necesidad de conservación de los recursos naturales y el aprovechamiento innovador de los recursos propios.

Por otra parte, los patrones de desarrollo de las sociedades occidentales, ligados fundamentalmente a la disponibilidad y disfrute de bienes y servicios materiales, pueden diferir en gran medida de lo que la población de otras culturas percibe como desarrollo deseable, si bien es cierto que el creciente impacto de los medios de comunicación está conduciendo, mediante la poderosa influencia del denominado "efecto demostración", a una progresiva uniformidad en las aspiraciones y preferencias de la población a escala planetaria. Todas estas consideraciones otorgan al estudio del propio concepto de desarrollo, una gran dificultad y la certeza de que no hay verdades absolutas en este campo.

La Economía del Desarrollo como disciplina independiente dentro de la Economía se gesta desde la década de 1930, como consecuencia de los efectos espaciales de la Gran Depresión iniciada en 1929, y queda establecida tras la 2ª Guerra Mundial, impulsada por los trastornos en el sistema económico internacional que ésta provoca y por la evolución de gran número de los "Países en Vías de Desarrollo" o "Sur"³ tras el proceso de descolonización (HUNT, 1989). Existía entre determinados grupos de economistas cierta urgencia por conocer las causas del empobrecimiento de los países menos desarrollados y por establecer las pautas para favorecer su desarrollo.

Para analizar la contribución del pensamiento sobre el desarrollo a la explicación de los desequilibrios territoriales, se han agrupado las corrientes de pensamiento sobre el

³ En adelante, para referirnos a este grupo de países, se utilizará la denominación de Países en Vías de Desarrollo o "Sur".

desarrollo en dos conjuntos, de acuerdo con el papel que otorgan a las fuerzas de mercado y a los poderes públicos. Cada uno de estos grupos presenta un elevado número de similitudes en la explicación que dan a la aparición y consolidación de desequilibrios territoriales y las soluciones necesarias para hacerles frente.

La concepción liberal del desarrollo

La Escuela Clásica

Los teóricos clásicos consideraban la expansión de la producción y el incremento de la productividad de la mano de obra a través de la ampliación del mercado, como factor primordial para conseguir el desarrollo, todo ello en el marco de la libre competencia –la “mano invisible” de Adam Smith–. El papel del estado en este proceso es mínimo, consistiendo básicamente en garantizar la libre actuación de las fuerzas de mercado. El desarrollo económico se identifica con el crecimiento de la producción, que genera a su vez un incremento en la demanda de trabajo. Ésta conlleva un incremento de los salarios, que favorece el crecimiento de la población.

La expansión del mercado es fundamental para la especialización en el trabajo y, de este modo, se consigue una mayor productividad, pues los trabajadores se hacen más eficientes en la realización de tareas determinadas, se reduce el tiempo perdido en el intercambio de una tarea a otra y se amplían las posibilidades de crear maquinaria y herramientas para incrementar la productividad. Sin embargo, el incremento en la productividad no se producirá a no ser que las empresas inviertan recursos en mejorar los medios de producción (Figura 1). La acumulación previa de capital y los procesos innovadores son esenciales en el proceso de crecimiento, permitiendo el incrementar la productividad, los ingresos y la demanda.

Malthus introduce un enfoque más pesimista en cuanto a las perspectivas de un crecimiento económico prolongado, al argumentar que las limitaciones de la producción de alimentos supondrían un obstáculo a la expansión de la economía y al crecimiento de los salarios. En su opinión, era de esperar una sucesión de periodos de bienestar y miseria a medida que el diferencial entre crecimiento poblacional y alimentario fuese aumentando, provocando crisis periódicas cuyas consecuencias serían la reducción de los niveles poblacionales a umbrales aceptables para las posibilidades de producción alimentaria.

Las posturas sobre el desarrollo económico dentro de la Escuela Clásica no siempre son convergentes. No se puede hablar de un único paradigma, sino de todo un compendio teórico de aportaciones diferenciadas y más o menos recurrentes en una serie de elementos clave para el desarrollo. Entre estos elementos, cabe destacar la acumulación de capital, factores institucionales, comercio, tecnología, crecimiento de la población y recursos naturales. Las principales características comunes de las teorías de crecimiento clásicas son: en primer lugar, la consideración de la libre actuación del mercado como elemento suficiente para crear crecimiento económico; en segundo lugar, la importancia otorgada a los beneficios empresariales en la promoción del desarrollo económico por constituir la fuente de financiación básica de las nuevas inversiones; en tercer lugar, la necesidad de liberalizar el comercio para incrementar el mercado (Smith) y permitir la explotación de las ventajas comparativas (Ricardo); en cuarto lugar, la consideración del cambio tecnológico como elemento fundamental para el incremento de la productividad laboral y para lograr el abastecimiento de alimentos y materias primas de una población creciente.

Acumulación de ahorro
principalmente de la
clase urbana
(comerciantes y
artesanos)
ESCUELA CLÁSICA

Acumulación de ahorro
principalmente desde
la agricultura
FISIÓCRATAS
FRANCESES

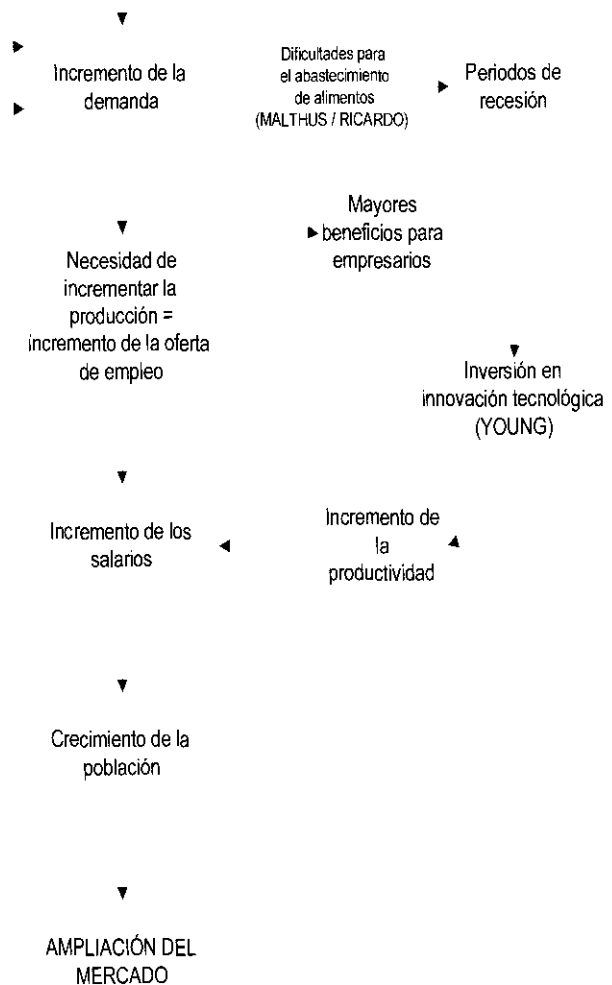


Figura 1. El proceso de crecimiento económico según los clásicos. Fuente: Elaboración propia a partir de HUNT, 1989; BLACK, 1997.

La influencia del pensamiento económico clásico significó, durante décadas, el predominio de una actitud liberal frente al desarrollo que ha propiciado, en muchos casos, el incremento y consolidación de desigualdades sociales y territoriales. La teoría de la ventaja comparativa y la afirmación de que el mercado posee capacidad suficiente para producir un desarrollo sostenible y extensible a todo el territorio, constituyeron dos reverses importantes para los espacios desfavorecidos, principalmente las áreas rurales, que se vieron abocados a la especialización en producciones primarias poco rentables y a la ausencia de iniciativas de apoyo por parte de los Gobiernos. En muchas regiones y países que habían conseguido mantener un equilibrio socioeconómico histórico, el desarrollo de la sociedad liberal-capitalista provocó la concentración de ventajas comparativas para la localización de actividades económicas en los espacios más favorecidos y propició el inicio de un trasvase de población desde las áreas desfavorecidas hacia las dinámicas, creando las bases para el incremento de los desequilibrios territoriales y el deterioro socioeconómico de los espacios más desfavorecidos.

La Escuela Neoclásica hasta la Segunda Guerra Mundial

A finales del S. XIX, una parte importante del análisis económico dejó de centrarse en el crecimiento a largo plazo, pasando a primer plano el tema de la localización eficiente de los recursos a corto plazo. El análisis económico pasó a estar centrado en la toma de decisiones de las empresas y consumidores y en el papel del mercado en la localización de los recursos.

Sin embargo, la herencia de los pensadores clásicos es evidente en cuanto al papel otorgado al mercado como elemento suficiente en la promoción del desarrollo territorial. El análisis económico se centra en este periodo en el comportamiento que deben tener las empresas y los individuos para maximizar sus objetivos, asumiendo que las actividades están coordinadas por los mecanismos del mercado y que la oferta es igual a la demanda. De este modo, la economía se encuentra siempre en un estado de equilibrio, en el que existe una competencia perfecta, los recursos y la mano de obra se utilizan plenamente y, por tanto, existe pleno empleo.

Las recomendaciones políticas aportadas por los neoclásicos para alcanzar el crecimiento económico afirman, en primer lugar, que las fuerzas de mercado proporcionan la localización de recursos más adecuada; en segundo lugar, que debe evitarse cualquier actuación que impida el libre funcionamiento de dichas fuerzas; por último que, en el caso de que se observe un funcionamiento deficiente del mercado, el papel del gobierno es intervenir para retirar los elementos que perturban su libre funcionamiento — emergencia de monopolios, dificultades en el acceso a la información, corrupción, etc. (CHISHOLM, 1990).

La Escuela Neoclásica difiere de la precedente Escuela Clásica tanto en lo que se refiere al interés central como en cuanto a los instrumentos de análisis que ambas emplean. Mientras que la Teoría de la Producción era el pilar sobre el que se sustentaban las proposiciones de la Escuela Clásica, en el caso de la Escuela Neoclásica los fundamentos teóricos se centran en las teorías Marginales del Comportamiento del Consumidor y en la del Intercambio en Mercados Competitivos (PASSINETY, 1977). Sin embargo, los efectos sobre la distribución especial de la riqueza derivados del predominio de esta escuela filosófica, no difieren en gran medida de lo mencionado con respecto a la Escuela Clásica. Los principios de libre competencia, competitividad y ausencia de intervención continúan

an desaconsejando la intervención pública frente a la patente extensión de los equilibrios espaciales, en aras de la supuesta bondad del mercado.

La continuación del Neoclasicismo: la Constitución del Paradigma de la Expansión del Núcleo Capitalista

Tras la Segunda Guerra Mundial, un buen número de economistas en Europa Occidental y América del Norte se dedicaron al análisis de las causas del subdesarrollo. Tras este interés existían una serie de factores explicativos como la experiencia de algunos de ellos en el trabajo en colonias, el éxito del Plan Marshall, el proceso de descolonización o el interés político creciente en la provisión de ayuda económica para los países menos desarrollados. A través de su trabajo, estos economistas pretendieron desarrollar un marco teórico para aconsejar a los gobiernos en el diseño y aplicación de políticas y estrategias para el desarrollo.

De acuerdo con sus teorías, es deseable que se produzca una industrialización a largo plazo en los territorios menos desarrollados, pero existen una serie de factores, sobre todo de naturaleza interna, que dificultan la consecución del crecimiento económico. Estos factores incluyen ciertas actitudes de la población y el funcionamiento de las instituciones, aunque se le da mucha más importancia a la escasa capacidad de ahorro que muestran las sociedades en desarrollo.

Autores como Rosenstein-Rodan, Nurkse, Leibenstein, Myrdal, Mynt, Hirschman, Rostow y Lewis, contribuyeron a la formación de un corpus teórico que entraba en contradicción con importantes aspectos de la teoría neoclásica tradicional. Sin embargo, pese a que las estrategias propuestas para alcanzar el desarrollo diferirán en algunos aspectos substanciales con las propuestas por los neo-clásicos anteriores, el desarrollo continúa percibiéndose como un proceso de crecimiento económico en el que la cantidad y combinación adecuada de ahorro, inversión y ayuda financiera son los elementos necesarios para suscitar dicho crecimiento. La medida fundamental del desarrollo es la capacidad de una economía para generar y sostener un aumento anual de su Producto Interior Bruto a tasas superiores al 5%.

Indicadores de desarrollo tradicionales alternativos incluyen, por un lado, la tasa de crecimiento del PIB *per capita*, como reflejo de la capacidad de un territorio para incrementar su producción por encima de la tasa de crecimiento de población; por otro lado, la modificación de la estructura sectorial de la economía con una creciente importancia del sector industrial y de servicios en detrimento de la agricultura también se consideraba un indicador de desarrollo.

Las limitaciones de esta concepción del desarrollo son múltiples. Tal y como señala Todaro:

"En los años 50 y 60 se vio casi siempre el desarrollo como un fenómeno económico en el que los aumentos rápidos de la tasa de crecimiento del PNB total y per capita se "transmitirían" a la masa en forma de empleo y otras oportunidades económicas, o crearían las condiciones necesarias para una mejor distribución de los beneficios económicos y sociales del crecimiento. Los problemas de la pobreza, el desempleo y la distribución del ingreso tenían una importancia secundaria frente a la "tarea de lograr el crecimiento"

(Michael TODARO, 1982: *Economía para un Mundo en Desarrollo*, 166 pp.)

Cuadro 2. Los precursores del Paradigma de la Expansión del Núcleo Capitalista

Autor	Causas del Subdesarrollo	¿Cómo se consigue el desarrollo?
Rosenstein-Rodan	bajos ingresos y escasa capacidad adquisitiva. importante desempleo y subempleo en la agricultura.	Industrialización no autárquica, mediante especialización e integración en el sistema económico mundial, desde el principio de la ventaja comparativa.
Leibenstein	El subdesarrollo consiste en una trampa de equilibrio a bajo nivel. A niveles de ingreso bajo, fuerzas como el crecimiento poblacional y la tendencia al consumo tienden a restaurar a sus niveles de origen cualquier incremento en la renta <i>per capita</i> .	El desarrollo es proceso explosivo desequilibrado. Es necesario un esfuerzo mínimo crítico de inversión que permita obtener y sostener una tasa de crecimiento mayor que la de la población para incrementar el consumo <i>per capita</i> , mantener el crecimiento del ahorro y generar ahorros que sostengan el crecimiento.
Myrdal	El subdesarrollo se debe a la situación de ventaja comparativa de los países desarrollados: continuos avances tecnológicos y científicos, tendencia del capital a invertir en dichos países, la relativa elasticidad-ingreso de la demanda de productos manufacturados y primarios en las economías avanzadas. Son importantes los factores internos de las economías subdesarrolladas: escaso ahorro, elevado crecimiento poblacional, baja cualificación de la mano de obra, malas condiciones sanitarias, estructura productiva con exportación de productos primarios e importación de manufacturas baratas, que frena el desarrollo de la industria local.	A través de un proceso de planificación estatal y del intervencionismo en el mercado.
Mynt	El subdesarrollo se caracteriza por un componente objetivo: baja productividad y estancamiento, y un componente subjetivo: sentimiento de descontento generado por el conocimiento de la existencia de niveles de vida superiores en los países desarrollados. La inclusión de los países menos desarrollados en el mercado internacional los ha consolidado en su posición desfavorable, especializándolos en trabajos no cualificados. Una combinación de fuerzas de trabajo desiguales, instituciones sociales y prejuicios impiden el camino al desarrollo en estos países.	Hay que desarrollar fuerzas que contrarresten los efectos de la desigual potencia en el mercado, mediante el desarrollo de sindicatos, cooperativas de productores y organismos estatales que actúen sobre las fuerzas del mercado.
Hirschman	Todos los factores clave necesarios para el desarrollo se encuentran en estado latente en las economías subdesarrolladas. Lo que se necesita es la capacidad organizativa para combinar esos recursos de modo que se genere crecimiento.	Propone una estrategia de Crecimiento Desequilibrado, en la que los planificadores y tomadores de decisiones no tratarán de evitar desequilibrios entre oferta y demanda, sino que se guiarán por los principales déficits de recursos que se manifiesten en el mercado. Sin embargo, Hirschman identifica un papel intervencionista del estado para orientar la localización de recursos, favoreciendo las producciones con eslabonamientos anteriores y posteriores.

Fuente: Elaboración propia a partir de HUNT, 1989

En la opinión de estos autores, los desequilibrios territoriales se consolidan como consecuencia de la posición de ventaja comparativa que han adquirido los países centrales gracias a factores históricos, y al dominio político y económico que han ejercido sobre los países menos desarrollados. Este concepto es clave para entender la problemática de los espacios menos desarrollados. Dificultades estructurales —climáticas, físicas, de localización, etc.— producen la concentración progresiva de la riqueza y la capacidad de crecimiento en los espacios más favorecidos, acumulando crecientes ventajas comparativas para la localización de posteriores actividades y la creación de riqueza y crecimiento.

Por otro lado, destaca la importancia de componentes no económicos —sociales, comportamentales, institucionales— en la consolidación de la situación de atraso en los espacios desfavorecidos. Existen elementos subjetivos relacionados con las características de la población: los bajos niveles de formación y, especialmente, el propio sentimiento de descontento como consecuencia del conocimiento de la propia situación de atraso y de la existencia de áreas que disfrutan de mejores situaciones (Efecto Demostración).

A pesar de estos obstáculos, se coincide en afirmar que existen capacidades de desarrollo latentes en cada territorio que hay que explotar de una manera suficientemente productiva como para crear ventajas comparativas frente a otras áreas más dinámicas. La ausencia de capacidades organizativas y de liderazgo es una de las principales debilidades de estos espacios. Por este motivo, todos los autores coinciden en destacar la necesidad de un impulso inicial para lograr la dinamización y crecimiento de los espacios desfavorecidos, a partir de la intervención del Estado. Para los espacios desfavorecidos, la consolidación de las ideas de “necesidad de impulso inicial”, “formación de capacidades”, “liderazgo” o “creación de estructuras organizativas”, implica un cambio importante de orientación respecto a las ideas que venían fundamentando la filosofía del desarrollo. No es difícil ver los orígenes del desarrollo endógeno y participativo en estos autores, cuyas propuestas fundamentan las concepciones y enfoques implícitos en muchas de las actuales políticas de desarrollo territorial.

Las Etapas de Crecimiento de Rostow y las puntualizaciones de Lewis

Rostow introduce el concepto de Etapas de Crecimiento como el proceso de transición que toda economía sigue desde su estado tradicional caracterizado por bajos niveles de ingresos, hasta la situación de economía industrial en crecimiento. Dicho proceso está caracterizado por el paso de las economías por una serie de etapas lineales que llevan al desarrollo. El principal obstáculo reside en la escasa capacidad de formación de capital y de inversión en las economías menos desarrolladas. De este modo, Rostow estaba proporcionando la justificación teórica para las transferencias de capital y asistencia técnica a los países en desarrollo (TODARO, 1982).

El modelo de Rostow, inspirado en el análisis histórico de la evolución de los países industrializados, no funcionó en muchos casos en los países en vías de desarrollo debido al diferente contexto tanto interno como externo que éstos afrontaban. Los efectos de la colonización, habían provocado que en muchos países conviviesen un sector productivo tradicional atrasado, principalmente agrícola, con otro moderno y desarrollado, principalmente industrial.

Lewis analizó las consecuencias de esta situación dual, identificando una relación entre los dos sectores económicos por la cual el sector moderno emplea a un número creciente de trabajadores del sector tradicional, incrementando sus beneficios en función de

los bajos salarios pagados. De este modo se produce un excedente de capital que permite reinvertir, incrementando la producción y el empleo, y generando un crecimiento económico. Sin embargo, a medida que disminuye el exceso de fuerza de trabajo en el sector tradicional, los salarios crecen y los beneficios disminuyen, ralentizándose o parándose el crecimiento.

Tanto Rostow como Lewis, mantienen una concepción tradicional del desarrollo como crecimiento económico, medido en crecimiento del ingreso. En este caso, se otorga un papel fundamental al capitalista o empresario en el proceso de acumulación de capital, puesto que tiene mayor capacidad y tendencia al ahorro que otros grupos sociales (terratenientes).

La aportación de estos dos autores constituye un elemento negativo en las repercusiones de la concepción del desarrollo para los espacios desfavorecidos. Por un lado, Rostow propone un modelo lineal de desarrollo según el cual, todos los espacios deben pasar por una serie de etapas consecutivas que llevan a una situación ideal de crecimiento sostenido. Su teoría nace del estudio de la evolución de las economías de los países desarrollados en un contexto temporal muy específico. No tiene, por tanto, en cuenta las posibles peculiaridades o particularidades de otros territorios, o las diferentes coyunturas que existen en cada momento histórico. Lewis percibe este problema y habla de la existencia de una economía dual en muchos de los espacios desfavorecidos. Según Lewis, el crecimiento del sector moderno a expensas de la mano de obra del sector tradicional es positivo y produce crecimiento económico. Sin embargo, en la mayoría de los espacios desfavorecidos, el sector moderno está constituido por empresas ajenas al área que se benefician de condiciones de mano de obra barata, pero que no crean un verdadero desarrollo endógeno del área y que, hipotéticamente, empeorarán la situación de la misma una vez que las ventajas competitivas desaparezcan y las empresas emigren en busca de regiones más favorables.

El resurgimiento del Neoclasicismo

El Modelo Neoclásico conoce un resurgimiento a finales de los años 70 debido a una serie de factores ligados al contexto socioeconómico internacional (CRUZ VILLALÓN, 1995): el agotamiento de la fase de los objetivos sociales, la mayor importancia dada a las diferencias de renta entre países que a los desequilibrios internos de cada país, la oleada de cambios de gobierno hacia posturas conservadoras y los consiguientes cambios de estrategia en los organismos de desarrollo internacionales, el éxito de las estrategias de desarrollo de los nuevos países industrializados, y las críticas lanzadas a la estrategia de Industrialización por Sustitución de Importaciones. Los nuevos Neoclásicos reviven las estrategias tradicionales de desarrollo centradas en el libre funcionamiento del mercado y la liberalización.

Conclusión

Los efectos espaciales de la aplicación de las ideas neoclásicas, no son sino las consecuencias, visibles todavía hoy, de la actuación de las fuerzas de mercado y de la finalidad que éstas persiguen: la maximización del beneficio económico. La concentración de actividad, población y capacidades en los espacios que presentan las condiciones más favorables en cada momento —cercanía a materias primas, existencia de un mercado poten-

cial importante, disponibilidad de mano de obra cualificada, condiciones ambientales valiosas, etc.— ha supuesto la aparición y consolidación de espacios de crecimiento y de espacios desfavorecidos que han permanecido marginados de los impulsos de crecimiento y creación de riqueza.

El mercado se ha mostrado por sí mismo incapaz de favorecer un crecimiento espacialmente homogéneo. El capital no fluye naturalmente hacia las áreas en las que su rentabilidad se presenta más incierta o dificultosa, sino hacia las que otorgan suficientes garantías de beneficio. La población ha tenido que seguir en muchas ocasiones la dirección que iban tomando los flujos de inversión a la búsqueda de mejores oportunidades laborales. De este modo, los procesos migratorios han ido cerrando un círculo de decadencia en el que en la actualidad se encuentran muchas regiones desfavorecidas y del que no les es posible salir en ausencia de un impulso institucional suficiente y racional.

La concepción intervencionista del desarrollo

En buena parte como reacción al pensamiento económico clásico, que emplaza toda la responsabilidad de la promoción del crecimiento económico y de la creación de riqueza en las fuerzas de mercado, aparecen ya durante el siglo XIX una serie de pensadores que hacen hincapié en el papel desestabilizador de dichas fuerzas, que acaban consolidando desequilibrios de todo tipo, y en la necesidad de una actuación correctora importante desde los poderes públicos. Desde este enfoque, el estado pasa a tener un papel fundamental en la promoción de los grupos sociales y espacios desfavorecidos, y la rentabilidad deja de ser el único criterio empleado en la localización de los recursos.

Los primeros pensadores no liberalistas

Marx critica el capitalismo al entenderlo como un sistema de explotación en el que el capitalista, movido por el afán de lucro y la acumulación de capital, se aprovecha del trabajador. La necesidad de la clase capitalista por incrementar su riqueza continuamente, introduce al capitalismo en una dinámica que lleva, inevitablemente, a la creación de las condiciones necesarias para la aparición del socialismo y, posteriormente, el comunismo, el estado ideal para todas las sociedades (HESS y ROSS, 1997).

Schumpeter, por su parte, rompe con las teorías clásicas del desarrollo al diferenciar entre crecimiento económico y desarrollo, aunque sigue considerando este último desde un punto de vista estrictamente económico. Mientras que el primero consiste simplemente en un proceso de expansión de la producción, utilizando los mismos medios y produciendo básicamente lo mismo, el desarrollo es un proceso innovador, es decir, implica la aparición de nuevas combinaciones de los medios de producción: nuevos procesos de producción, nuevos productos, nuevos mercados, etc..

Tres factores son esenciales en el proceso de desarrollo: en primer lugar, la movilización de factores de producción existentes y su combinación de forma innovadora; en segundo lugar, la extensión del crédito como elemento fundamental para el dominio de los factores de producción en el mercado; por último, la presencia de un emprendedor —empresario—, indispensable para que se produzca la movilización de los factores de producción desde una perspectiva innovadora.

Según la teoría de la Escuela Neoclásica, cualquier situación de crisis económica es temporal. El descenso de la producción y el consiguiente incremento del desempleo se

verán solucionados, en un plazo de tiempo razonable, por los mecanismos reguladores del mercado —descenso de los salarios, de los precios y de los tipos de interés— hasta que vuelva a alcanzarse la situación de pleno empleo. Sin embargo, en la década de 1930, en un contexto internacional condicionado por una fuerte crisis económica, los mecanismos correctores del mercado se mostraban insuficientes para devolver a la economía a su estado de equilibrio con pleno empleo. En este contexto, Keynes hace hincapié en el papel de la demanda en la producción y el empleo. Su razonamiento se centra en los efectos negativos que puede tener incrementar el ahorro durante una recesión económica a través de una reducción de los salarios, al disminuir todavía más la demanda efectiva y, por tanto, resentirse el empleo. Introduce otra novedad al afirmar que un incremento del gasto público en tiempos de recesión debe ser considerado un elemento positivo, por su papel dinamizador de la economía.

Otro punto de ruptura con los pensadores neoclásicos está en el papel otorgado a la actuación pública. Mientras que la no intervención es el rasgo más característico de la Escuela Neoclásica, Keynes propugna la intervención del estado en momentos de recesión, para estimular la demanda total de modo que se favorezca el retorno de la economía a una situación de empleo total. Para lograr este objetivo, propone una serie de actuaciones políticas: en primer lugar, la reducción de los tipos de interés para estimular la inversión; en segundo lugar, establecer un sistema de impuestos redistributivo a partir de la idea de que la población con menos ingresos tiene más tendencia a consumir que la población que ha alcanzado un determinado nivel económico; por último, promover la inversión pública como modo de impulsar la demanda (CHISHOLM, 1990).

La idea tradicional promovida por clásicos y neo-clásicos de que el mercado contiene en sus normas de funcionamiento los elementos necesarios para producir un crecimiento sostenido, fueron puestas en cuestión por estos autores. La constatación de que el mercado se mueve por criterios exclusivamente de beneficio personal, llevó a la introducción de la idea de la intervención del Estado para subsanar los desequilibrios provocados por los mecanismos de la oferta y la demanda, introduciendo así una justificación teórica para el apoyo a las clases y espacios más débiles y desfavorecidos. La necesidad de introducir mecanismos reguladores por parte del Estado abría así la posibilidad, aunque no la garantía, de promover el crecimiento equilibrado en todo el territorio y para toda la población.

El Estructuralismo

Los economistas de formación clásica y neoclásica de la escuela de pensamiento organizada en torno a la Comisión Económica Para América Latina (CEPAL), acuñaron el paradigma del centro-periferia, según el cual la situación de desarrollo en que se encuentran muchos países está determinada por las relaciones de poder nacionales e internacionales, las rigideces económicas institucionales y estructurales, y la proliferación de economías y sociedades duales dentro de cada país.

Los estructuralistas conciben el desarrollo como un cambio en profundidad de las estructuras productivas e institucionales que se materialice en un incremento de la productividad. Para conseguirlo, sería necesario dejar de depender de la demanda exterior de productos primarios para desarrollar una estrategia de Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI) centrada en la demanda interna. Los instrumentos políticos propuestos, sin embargo, siguen siendo los tradicionales: política fiscal y monetaria principalmente.

Los estructuralistas aceptaron una filosofía del desarrollo a través del capitalismo, en la que se proponían cambios estructurales en la economía, pero sin afectar el *status* político y social. Esta es la diferencia básica con la aproximación marxista, con la que se coincide en un importante número de afirmaciones teóricas.

Desde el punto de vista de los espacios desfavorecidos —regiones rurales y en declive—, el paradigma estructuralista introduce la idea de la **dependencia externa**, concebida originalmente para el caso de la situación de los países subdesarrollados con respecto a los países centrales, pero aplicable igualmente en el caso de las relaciones entre regiones avanzadas y desfavorecidas dentro de un mismo marco territorial. Según esta teoría, la especialización de los países pobres y de las zonas desfavorecidas en producciones primarias, materias primas y actividades tradicionales, demandadas por las zonas o países más dinámicos y avanzados, condiciona una posición de desventaja en las relaciones comerciales, que desarticula la economía interna de estas áreas y las mantiene en una posición de inferioridad, dependencia y subdesarrollo.

La Escuela Neomarxista

Para los pensadores neomarxistas, el problema del subdesarrollo reside en la continua extracción de riqueza desde los espacios menos desarrollados hacia las áreas centrales. Este proceso se perpetúa debido a dos elementos principales: por un lado, la posición dominante que ejercen los centros al controlar los canales comerciales y de transformación; por otro lado, la ausencia de capacidad de inversión endógena en los espacios desfavorecidos para el beneficio de la economía local. Hasta aquí, el argumento coincide prácticamente con el de la Escuela Estructuralista. Sin embargo, a diferencia de aquellos, quienes concebían la posibilidad de desarrollo a partir de transformaciones puramente económicas y en el marco del sistema capitalista, los teóricos neomarxistas, afirman que las causas de la consolidación de las desigualdades sociales y territoriales se encuentran en la propia naturaleza del sistema capitalista, y que la única salida para la resolución de las mismas es una revolución para instaurar un régimen socialista que favorezca el desarrollo económico y social igualitario.

La opción por un desarrollo sostenible

La tierra es finita. Su capacidad para absorber basuras y residuos contaminantes es finita. Su capacidad para mantener a una población creciente es finita. En la actualidad nos estamos aproximando de forma acelerada a muchos de los límites de la Tierra. Los hábitos económicos actuales [...] no pueden mantenerse sin que ello implique la posibilidad de dañar los sistemas globales más allá de su capacidad de recuperación. La presión que impone el incansable crecimiento poblacional implica demandas sobre los recursos naturales que pueden abrumar cualquier esfuerzo para alcanzar un desarrollo futuro sostenible.

Declaración firmada por 1.575 científicos, incluyendo 99 Premios Nobel, The Times, 20 de Noviembre de 1992

Esta corriente de pensamiento introduce en la complejidad del concepto de desarrollo la idea de que no es posible alcanzar un desarrollo viable si no se hace un uso racional de los recursos. La idea del desarrollo sostenible está ligada a la del desarrollo integrado, endógeno y participativo (Cuadro 3), pues se admite que sólo mediante la participación activa de los ciudadanos en el diseño y aplicación de un plan de desarrollo espe-

cífico, que considere todas las facetas del sistema territorial para el que se ha construido, puede generarse un desarrollo sostenible y duradero. Sin embargo la filosofía del desarrollo sostenible pretende ser algo más que un enfoque económico para convertirse en un modo de vida.

La Comisión Mundial del Medio Ambiente y del Desarrollo aporta la definición de desarrollo sostenible (Cuadro 3) como aquel que satisface las necesidades de la generación presente sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones para satisfacer sus propias necesidades.

Cuadro 3. Requisitos para un desarrollo sostenible

1. un sistema político que asegure la participación efectiva de los ciudadanos en la toma de decisiones;
2. un sistema económico que sea capaz de generar excedente y progreso tecnológico de modo autosuficiente y sostenible;
3. un sistema social que proporcione soluciones a las tensiones que aparezcan debido a desarrollos no armónicos;
4. un sistema productivo que respete la obligación de preservar el marco ecológico para el desarrollo;
5. un sistema tecnológico capaz de investigar continuamente en la búsqueda de nuevas soluciones;
6. un sistema internacional que promueva modelos de comercio y finanzas sostenibles;
7. un sistema administrativo flexible y con capacidad para la auto-corrección.

Fuente: Informe BRUNDTLAND (1987)

Es frecuente que desde las instituciones públicas traten de evitarse los aspectos más dificultosos de este enfoque. Así, se afirma que el crecimiento económico continuado y las nuevas tecnologías resolverán los problemas de pobreza y medioambientales. Mencionar la necesidad de un cambio social o de sacrificio es destapar la “caja de los truenos”, y es considerado como “políticamente incorrecto”. No es, sin embargo, falso que el progreso tecnológico es necesario para alcanzar el desarrollo sostenible, pero debe reconocerse que la tecnología tiene sus propias limitaciones y que no se puede confiar en que sea la solución a todos los problemas.

Por otro lado, desde el campo académico se afirma, de forma insistente, la necesidad de una importante transformación de la sociedad para alcanzar un desarrollo sostenible. Muschett (1997) señala los principales elementos necesarios para alcanzar un desarrollo sostenible, que incluyen:

- la estabilización de la población;
- las nuevas tecnologías / transferencia tecnológica;
- el uso eficiente de los recursos naturales;
- la reducción de los residuos y prevención de la contaminación;
- las situaciones “win-win”; es decir, decisiones que llevan al cumplimiento de más de uno de los objetivos perseguidos
- la gestión integral de los geosistemas y ecosistemas;
- la determinación de los límites —capacidad— ambientales;

- el perfeccionamiento de la economía de mercado;
- la educación;
- el cambio en la percepción y actitud —cambio de paradigma;
- los cambios sociales y culturales.

El significado del Desarrollo Sostenible es diferente dependiendo del grupo social o de interés de que se trate, o de la realidad territorial en que nos situemos. Se trata en gran medida de una cuestión de “necesidades”. Los países en vías de desarrollo perciben el concepto como una promoción del desarrollo que reduzca las disparidades en los estilos de vida y en el consumo global, y que contribuya a mantener una población sana. Sólo cuando estos objetivos se hayan cumplido, adquirirán importancia los objetivos relacionados con la gestión global de aspectos ambientales críticos como el cambio climático, océanos y bosques (MUSCHETT, 1997). El argumento es claro: de nada sirve un medio ambiente sostenible sin una economía sostenible que permita a la población alcanzar una calidad de vida suficiente como para disfrutar de dicho medio ambiente.

Desde el punto de vista de su viabilidad inmediata, el enfoque del Desarrollo Sostenible presenta grandes dificultades. Los objetivos son tan amplios y ambiciosos que requieren un elevado margen temporal para comenzar a percibir los resultados. En relación con ello, el enfoque ha sido criticado profundamente por las enormes dificultades que entraña su puesta en práctica. Tal como señala O’Riordan:

“Para que el desarrollo sostenible pueda implantarse en la cultura política, las instituciones de desarrollo y de gestión de los recursos debería cambiar y reformarse. Existe una oposición ideológica y estructural a dichas reformas. La sustentabilidad no es tomada en serio por aquellos que realmente ostentan el poder, es decir, aquellos que encabezan las estructuras políticas y los que controlan los flujos nacionales e internacionales de capital. La promoción del desarrollo sostenible implica la reorganización de las prioridades de las organizaciones, en una dirección que choca con los prejuicios de aquellos que están a su mando. La aplicación plena del desarrollo sostenible también exige nuevos acuerdos para la distribución de los presupuestos y de las responsabilidades, que son considerados inviables por aquellos que se benefician de la actual distribución de recursos y poder (O’RIORDAN 1995, p.54).

Según este autor, la práctica efectiva del desarrollo sostenible exige el cumplimiento de cinco condiciones, todavía lejos del actual consenso político, que lo convierten en una propuesta ideal pero fuera de las posibilidades actuales. Estas condiciones incluyen, en primer lugar, un sistema democrático que trascienda el ámbito del estado; en segundo lugar, garantías de respeto a los derechos civiles y a la justicia social para todos los pueblos, de modo que se les permita consumir recursos de manera equilibrada, y tomar conciencia de los derechos intrínsecos de la naturaleza; en tercer lugar, la entrega de recursos tecnológicos, financieros e intelectuales a los regímenes empobrecidos y ambientalmente vulnerables, muchos de los cuales son dirigidos por gobiernos políticamente inestables e inherentemente corruptos; en cuarto lugar, la eliminación de las deudas que hayan sido generadas por acuerdos comerciales injustos o por una herencia histórica de explotación; por último, el establecimiento de mecanismos públicos y privados para la provisión de recursos, formación y técnicas de gestión, a áreas y comunidades que lo necesiten, de manera socialmente aceptable y democrática.

Estas ideas han estado implícitas y explícitas durante décadas, en el ámbito académico, pero también en muchos organismos internacionales de representación, así como en muchas organizaciones no gubernamentales. Sin embargo, diversos hechos apoyan la

idea de que el desarrollo sostenible no ha logrado, hasta el momento presente, consolidarse como alternativa seria de desarrollo para el futuro: en primer lugar, la ayuda dirigida hacia los países menos desarrollados ha caído durante la última década a pesar de la existencia de compromisos establecidos en este sentido; en segundo lugar, la deuda de los países más pobres se incrementa constantemente debido a la consolidación de unos términos de intercambio crecientemente desfavorables, así como por la existencia de élites políticas dedicadas a favorecer los intereses de determinadas clases minoritarias y empresas multinacionales; en tercer lugar, los recursos naturales, elemento básico para la consecución de un desarrollo sostenible, siguen utilizándose sin ningún control, en función de intereses comerciales a corto plazo; intereses que, en ocasiones, llevan a descartar la sustentabilidad en aras del beneficio económico o del mantenimiento del *statu quo*. Las barreras al desarrollo de sistemas socio-económicos sostenibles, se encuentran profundamente arraigadas en sistemas de gestión consolidados y poderosos. El establecimiento de sistemas políticos y de gestión compatibles con los principios del desarrollo sostenible, requeriría una profunda transformación institucional que afectaría en gran medida a la actual organización social. Por este motivo, la idea del desarrollo sostenible todavía no es tomada en serio por las clases económicas y sociales cuyos intereses entran en contradicción con los principios del desarrollo sostenible, y que resultan ser aquellas con poder de decisión suficiente para favorecer un cambio de orientación.

En la problemática por el desarrollo sostenible, no puede hablarse de espacios desfavorecidos o dinámicos. La adopción de una u otra vía se manifestará, a medio y largo plazo, en el modelo territorial resultante y, muy probablemente, en la propia viabilidad del modo de vida que se adopte. A más corto plazo, la renuncia al desarrollo sostenible y el mantenimiento de los modelos económicos rentabilistas a corto plazo, puede suponer perjuicios especialmente graves para los espacios más atrasados, por el predominio de los intereses económicos sobre los recursos naturales y humanos. Como consecuencia, es más que probable, que se produzca un deterioro de los recursos naturales y una pérdida de la calidad de vida en aras del crecimiento económico y la rentabilidad.

Sólo mediante un proceso educativo previo que ayude a que se produzca un cambio en los valores sociales y en la cultura del comportamiento actuales, el conjunto de la sociedad empujará en la dirección necesaria para emprender el camino de un verdadero desarrollo sostenible, con todos sus requerimientos y consecuencias.

CONCLUSIÓN

El estudio del desarrollo de las sociedades y los territorios ha estado relacionado históricamente con el análisis de aspectos exclusivamente económicos, en consonancia con el tipo de profesionales —principalmente economistas— que más se han dedicado a teorizar sobre el tema. Las pragmáticas motivaciones tradicionales que suscitaron el interés de los economistas por el estudio de las causas del subdesarrollo —centradas principalmente en la preocupación por la estabilidad del sistema capitalista—, llevaron a la definición del concepto de desarrollo como crecimiento económico, visión que ha sido dominante en las diversas escuelas de pensamiento hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX —Escuelas Clásica y Neoclásica, Keynesianismo, Estructuralismo— con la única excepción de los pensadores Marxistas.

El desarrollo como crecimiento económico es concebido, en el mejor de los casos, como la consecución de un incremento importante y sostenido —generalmente a tasas

superiores al 5%— del Producto Interior Bruto (PIB) *per capita*. De este modo, se valora la capacidad de una economía no sólo para crecer, sino para hacerlo por encima de la tasa de crecimiento de la población. Otro de los indicadores utilizados es la reducción de la dependencia de la economía con respecto al sector primario, medida en el porcentaje de población empleada en la agricultura y en la aportación de la agricultura al PIB. Mediante las más diversas estrategias, muchas de ellas contradictorias, se trataba siempre de alcanzar un crecimiento económico cuantificable. Los problemas de pobreza, desempleo y distribución social y territorial del ingreso quedaban en un segundo lugar. Todos estos criterios se identifican con una concepción limitada del desarrollo, en la que se suponía que el crecimiento cuantitativo de la economía en términos de su PIB, o PIB *per capita* tendría, por sí mismo, efectos beneficiosos para la población, en cuanto a la creación de empleo y mejora de la distribución de la riqueza.

Los supuestos mantenidos por las corrientes tradicionales de pensamiento económico, se fueron viniendo abajo por la terquedad con que se manifestaban los hechos. Durante los periodos de coyuntura positiva y crecimiento económico —décadas de los 50 y 60— se pudo comprobar que el incremento del PIB y PIB *per capita* no daban paso a una mejora de las condiciones de vida de la gran mayoría de la población de los países menos desarrollados; por el contrario, los porcentajes de población pobre se incrementaban. La constatación de estos hechos llevó a un replanteamiento del concepto de desarrollo por parte de un gran número de economistas y responsables políticos. La “redistribución derivada del crecimiento”, tal como indica Todaro (1982), se convirtió en el *slogan* de la nueva tendencia generalizada a considerar las repercusiones del crecimiento económico sobre la población, la mejora de las condiciones de empleo y reducción de la desigualdad y la pobreza que dicho crecimiento debía favorecer.

Con la inclusión de los objetivos sociales de redistribución de la riqueza y reducción de las desigualdades, el concepto de desarrollo adquiere un contenido mucho más complejo y significativo que cuando es considerado como simple crecimiento económico. Esta nueva concepción requiere de un cambio en profundidad de las estructuras económicas, sociales y políticas causantes de la situación de subdesarrollo, junto a los objetivos tradicionales de crecimiento económico (Figura 2). Los cambios estructurales en la economía, sociedad e instituciones son igualmente necesarios para el abandono de la situación de desventaja y atraso comparativo para el caso de las regiones desfavorecidas de los países desarrollados (Figura 3).

El desarrollo debe, por tanto, fomentarse mediante la consecución de tres objetivos esenciales: en primer lugar, el incremento de la disponibilidad de bienes y servicios básicos: salud, vivienda, alimentación, educación, etc.; en segundo lugar, el aumento de los niveles de vida: incremento de los ingresos, mejoras en los servicios públicos; por último, el aumento de las posibilidades de elección individual y colectiva respecto a temas económicos y sociales, es decir, la consecución de una democratización más efectiva que afecte al funcionamiento de las instituciones.

Las regiones, como entes dependientes en mayor o menor medida de unidades administrativas mayores, presentan características específicas que las diferencian de la evolución de los estados. Para explicar la influencia de las relaciones de dependencia que se establecen entre regiones desarrolladas y regiones atrasadas dentro de un mismo conjunto territorial, y contribuir a explicar las causas que llevan a espacios concretos a situarse en una posición de desventaja con respecto a otras áreas, se ha realizado una reinterpretación del esquema de Todaro sobre el subdesarrollo (Figura 3).

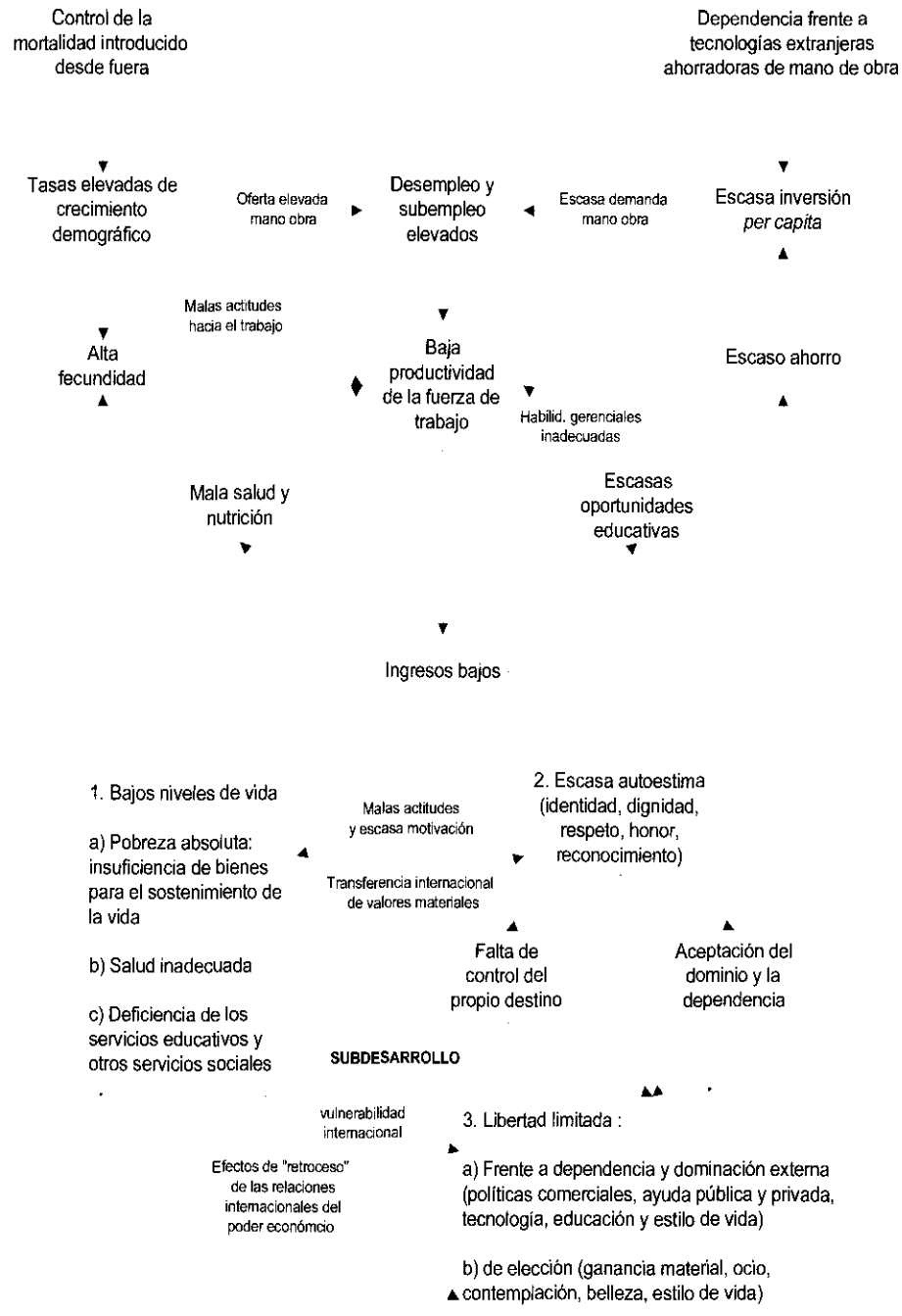


Figura 2. El Subdesarrollo: una Estructura Esquemática Multifuncional. Fuente: TODARO, 1982

En este caso, los principales factores de atraso consisten en la especialización regional en actividades de carácter tradicional, poco innovadoras o que sufren una mala coyuntura. Es decir, actividades con un escaso margen de rentabilidad y con bajos niveles de competitividad y eficiencia. Este es el caso de gran parte de las orientaciones agropecuarias tradicionales que suponen todavía la base económica y social de muchas de las regiones y países desfavorecidos. Como aspecto complementario, aunque de gran importancia, está la dependencia de la demanda externa. Muchas actividades productivas de los espacios desfavorecidos están centradas en la demanda externa. El mercado local está tan mermado que es incapaz de sostener una actividad productiva substancial y los promotores intentan especializarse en producciones o servicios orientados principalmente a demanda externa.

Como consecuencia del escaso dinamismo del tejido productivo local, muchas empresas pierden rentabilidad y dejan de ser viables. Se pierde tejido económico y, junto con él, la población pierde capacidad adquisitiva y posibilidades de permanecer en el área con unos niveles suficientes de ingresos. Se han sentado, de este modo, las bases para que se inicie un flujo poblacional de salida hacia otras áreas más dinámicas y desarrolladas.

La emigración tiene, como primera consecuencia, la reducción del mercado local. La menor demanda de servicios y equipamientos reduce todavía más la viabilidad de las empresas que quedan en el área. Muchos de los promotores deciden cerrar sus empresas o trasladarse a otro lugar en busca de un mejor aprovechamiento de su capacidad de dinamismo personal que, de esta manera, emigra también del área. Se reduce todavía más el tejido productivo, pero esta vez, además, se produce un deterioro y pérdida potencial de servicios y equipamientos básicos por el encarecimiento de los costes *per capita* derivados de la reducción de la población.

Como consecuencia, la población local tiene unos niveles de vida bajos y escasas perspectivas de mejora a corto y medio plazo. Además, la calidad de vida en el área se ve reducida por el cierre de muchos de los servicios básicos. Todo ello crea actitudes negativas y apatía entre la población, reduciendo aun más el potencial endógeno de dinamización. Llegados a este punto, los espacios desfavorecidos son incapaces de producir, de forma endógena, una regeneración de sus tejidos socioeconómicos.

Por tanto, las desigualdades de todo tipo que se han venido generando entre espacios dinámicos y desfavorecidos, a través de un complicado proceso histórico, continúan consolidándose por la tendencia del capital y la población a fluir hacia las áreas con más posibilidades. Si se quiere evitar la continuación de este proceso y las repercusiones que las desigualdades pueden tener para el crecimiento sostenible y caminar hacia la consecución de un territorio equilibrado y cohesionado, es necesaria una actuación desde los poderes políticos que permita: (i) compensar las desventajas estructurales de las regiones y espacios más desfavorecidos, (ii) potenciar sus posibilidades a partir de las actividades y producciones en las que todavía muestran ventajas comparativas y (iii) generar una capacidad de dinamización que evite la dependencia de ayuda y asistencia pública a largo plazo. En este planteamiento es fundamental suscitar el potencial de dinamización que todavía se encuentra oculto en las áreas desfavorecidas. Aprovechar las ventajas comparativas específicas es la clave para que se produzca esta reactivación.

La concepción del desarrollo como un proceso que debe incluir todos los sectores económicos y todas las necesidades sociales (integrado), que considera fundamental la opinión y la participación activa y constante de la población a la que implica (participativo) y que se fundamenta principalmente en las posibilidades que ofrecen los recursos locales

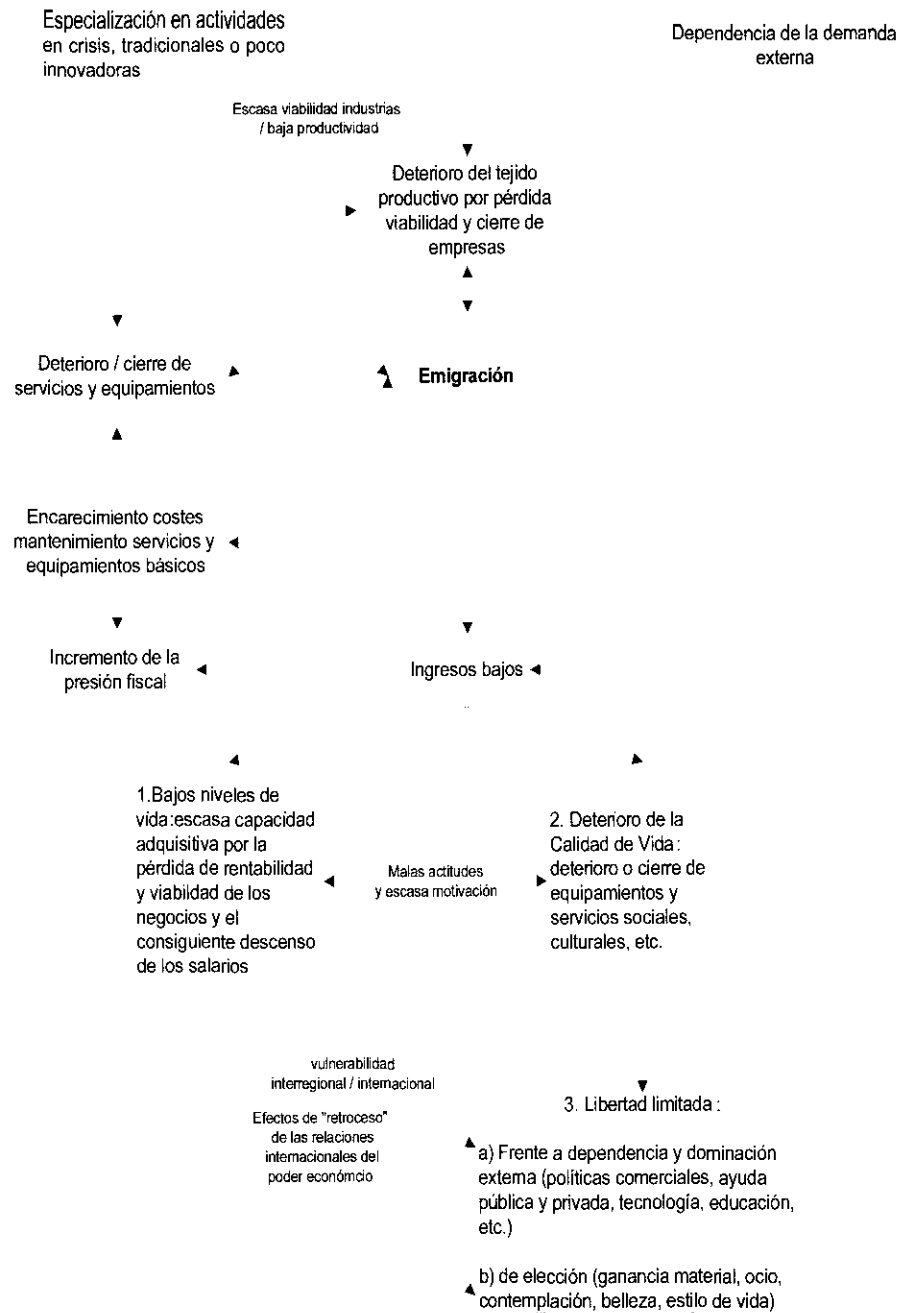


Figura 3. Dependencia y Subsidiariedad: Reconstrucción del Modelo de Todaro para el caso de regiones desfavorecidas. Fuente: Elaboración propia. Para la estructura: TODARO, 1982

(endógeno), se va imponiendo progresivamente a pesar de la persistencia de una estructura institucional todavía de carácter sectorial y excesivamente centralizada y jerarquizada, en la que las políticas territoriales y con una visión integrada encuentran problemas de falta de coordinación y solapamientos.

A pesar de estos problemas, es una realidad que los últimos 15 años han contemplado un avance muy importante en la concienciación de autoridades y población sobre la necesidad de promover un desarrollo territorial equilibrado, mediante una acción integrada sobre los espacios desfavorecidos.

BIBLIOGRAFÍA

- ARMSTRONG y TAYLOR (1993): *Regional Economics and Polic*: Harvester Wheatsheaf.
- BALASSA, B. (1988): *Los Países de Industrialización Reciente en la Economía Mundial*, Fondo de Cultura Económica / Economía Contemporánea, México.
- BERRY, B. J. (1991): *Long-wave Rhythms in Economic Development and Political Behaviour*. Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- BLACK, J. (1997): *Oxford Dictionary of Economics*. Oxford Paperback Reference, Oxford University Press.
- BROWN, A. J. y BURROWS, E. M. (1977): *Regional Economic Problems*. Allen and Unwin, London.
- BRUNDTLAND, G.H. (1987): *Our Common Future*. Report of the World Commission on Environmental and Development. Oxford University Press, Oxford.
- CHENERY, H.B. et al. (1974): *Redistribution with Growth*. Oxford University Press. Londres
- CHISHOLM, M. (1990): *Regions in Recession and Resurgence*. UNWIN HYMAN, Londres.
- CLARK, G. L. (1980): Capitalism and regional inequality. *Annals of the Association of American Geographers* 70 (2), 226-237
- FURTADO, C. (1983): *Breve introducción al desarrollo. Un enfoque interdisciplinario*. FCE México.
- GOLDIN, I. y WINTERS, L.A. (1995): *The Economics of Sustainable Development*. Cambridge University Press.
- HADJIMICHALIS, C. y SADLER, D. (1995): *Europe at the Margins: New Mosaic of Inequality*. Wiley, Chichester.
- HESS, P. y ROSS, C. (1977): *Economic Development. Theories, Evidence and Policies*. The Dryden Press.
- HIRSCHMAN, A. O. (1958): *La Estrategia del Desarrollo Económico*. Fondo de Cultura Económica, México.
- HOGGART, K and BULLER, H. (1987): *Rural development: a geographical perspective*. Croom Helm, London.
- HOLLAND, S. (1976): *Capital versus the Regions*. MacMillan, London.
- HUNT, D. (1989): *Economic Theories of Development. An Analysis of Competing Paradigms*. Harvester Wheatsheaf.
- ILLERIS, S. (1993): An Introductive Theory of Regional Development, en *Papers in Regional Science: The Journal of the RSAI* n° 72, 2, pp. 113-134
- KAYSER, B. et al. (1994): *Pour une ruralité choisie*, Paris : Datar / Editions de l'Aube
- LEIBENSTEIN, H. (1957): *Economic Backwardness and Economic Growth*. Wiley.
- MELVILLE, J. (1988): *Regional Technology Foundations: Making the R&D Economic Development Connection*. Working paper prepared for Roundtable on New Economic

- Foundations for a Global Economy. New Jersey.
- MUSCHETT, F.D. (Ed.) (1997): *Principles of Sustainable Development*. St. Lucie Press, Delray Beach, FL.
- MINT, H. (1954): An interpretation of economic backwardness, en *Oxford Economic Papers*.
- MYRDAL, G. (1957): *Economic Theory and Underdeveloped Countries*. Duckworth.
- NORTON, B. (1995): Sustainability, human welfare and ecosystem health, en *Environmental Values*, nº 1, 97-111.
- O'RIORDAN, T. (1995): The Politics of sustainability, en TURNER, R.K. (ed.) *Sustainable Environmental Economics and Management. Principles and Practice*, John Wiley and Sons, Chicester, 389 p.
- PASSINETY, L. L. (1977): *Lectures in the Theory of Production*, Macmillan, London.
- POMPILI, T. (1994): Structure and Performance of Less Developed Regions in the European Community, en *Regional Studies*, Vol. 28.7, p.679-93.
- RODRÍGUEZ POSE, A. (1995): *Reestructuración Socioeconómica y Desequilibrios Regionales en la Unión Europea*. Instituto de Estudios Económicos, Madrid.
- ROMERO GONZÁLEZ, J., PÉREZ ESPARCIA, J. y GARCÍA ROCA, J. (1992): *Desigualdad y Nueva Pobreza en el Mundo Desarrollado*, Ed. Síntesis, Col. Espacios y Sociedades nº 24.
- ROMERO GONZÁLEZ, J., PÉREZ ESPARCIA, J. (1992): *Pobreza y Desigualdad en los Países en Desarrollo*, Ed. Síntesis, Col. Espacios y Sociedades nº 25.
- ROSENSTEIN-RODAN, P. (1943): Problems of industrialisation of Eastern and South-eastern Europe, en *Economic Journal*, Oxford.
- ROSTOW, W. (1960): *The Stages of Economic Growth: A Non-Comunist Manifesto*. Cambridge
- SUÁREZ VILLA, L. y CUADRADO ROURA, J.R. (1993): Regional Economic Integration and the Evolution of Disparities en *Papers in Regional Science: The Journal of the RSAI*, nº 4, Vol. 369-87.
- TARDITI, S. (1993): La Política Agraria Común y las regiones mediterráneas: un punto de vista Mediterráneo, en MAPA (ed.) *Agriculturas y Políticas Agrarias en el Sur de Europa*, MAPA-SGT, Madrid.
- TEMPLE, M. (1994): *Regional Economics*. St. Martin's Press, New York.
- TODARO, M. P. (1982): *Economía para un Mundo en Desarrollo*. Fondo de Cultura Económica, México D.F.